



*El investigador y el compromiso.
Una cuestión de contrato comunicacional*

PATRICK CHARAUDEAU

Université de Paris XIII

Traducción: Rebecca Beke

RESUMEN. En un mundo en el que, como consecuencia del desarrollo de las redes de comunicación, tiende a imponerse la palabra sin que se cuestione la legitimidad y la credibilidad de su autor, se torna crucial preguntar cuál es el lugar que ocupa el investigador de las ciencias humanas y sociales en este concierto más o menos ordenado de voces. Esta situación obliga a preguntarse: ¿qué es el análisis crítico del discurso? ¿Forma parte integral de las ciencias humanas y sociales o corresponde a una corriente particular en el área disciplinar? ¿Qué significa interpretar como actividad privilegiada en las ciencias humanas y sociales? ¿Acaso la interpretación debería permanecer dentro del marco de una disciplina o debería someterse a una serie de comparaciones interdisciplinarias? ¿Qué rol discursivo asume el investigador que se enfrenta al deber de transmitir su saber a los que no son especialistas y cómo puede lograrlo sin confundirlos? Y, por último, ¿cómo se posiciona el investigador con respecto a estas actividades? Son estas las interrogantes a las cuales se trata de responder aquí, desde el punto de vista del autor, quien se apoya en su propia experiencia.

PALABRAS CLAVE: *Contrato de comunicación, discurso crítico, interpretación, postura del investigador, roles discursivos.*

RESUMO. Em um mundo no qual, como consequência do desenvolvimento das redes de comunicação, a palavra tende a se impor sem que se questione a legitimidade e a credibilidade do seu autor, torna-se crucial perguntar qual é o lugar que ocupa o pesquisador das Ciências Humanas e Sociais neste concerto mais ou menos ordenado de vozes. Essa situação leva às perguntas: Que é a análise crítica do discurso? Forma parte das Ciências Humanas e Sociais ou corresponde a uma corrente disciplinar particular? Que significa interpretar como atividade privilegiada nas Ciências Humanas e sociais? A interpretação deveria permanecer dentro do marco de uma disciplina ou deveria submeter-se a uma série de comparações interdisciplinares? Que papel discursivo assume o pesquisador que se enfrenta com o dever de transmitir o seu saber aos que não são especialistas e como fazê-lo sem confundi-los? E, por fim, quais são os posicionamentos possíveis do pesquisador com respeito a essas atividades? São essas as questões que se trata de responder aqui a partir do ponto de vista do autor, que se apoia em sua própria experiência.

PALAVRAS-CHAVE: *Contrato de comunicação, discurso crítico, interpretação, postura do pesquisador, papéis discursivos*

ABSTRACT. In a world of increased circulation of knowledge due to the development of communication networks, where speech tends to impose itself without questioning the

Recibido: 22 de septiembre de 2013 • Aceptado: 15 de febrero de 2014.

legitimacy or the credibility of its author, the problem of the place given to the voice of the Humanities and the Social Sciences scholar in this more or less organized concert of voices becomes all the more important. We must ask: What is critical discourse analysis? Is it an integral part of the Social Sciences and the Humanities or is it characteristic of a specific discipline? What does it mean “to interpret” in the Humanities and the Social Sciences? Should this activity remain within a given discipline or should it be subject to interdisciplinary comparisons? What discursive roles can the scholar hold in a situation where he is required to transfer his knowledge to lay men and how can he avoid confusing them? Finally, what are the possible stances a scholar can take with regard to these diverse activities? This paper aims at answering such questions, from the personal perspective of a scholar who wishes to convey his own experience.

KEYWORDS: *Contract of communication, critical discourse, discursive roles, interpretation, scholar's stance*

Introducción

En un mundo en el que, como consecuencia del creciente flujo de conocimientos derivados del desarrollo de las redes de comunicación, tiende a imponerse la palabra sin que cuestionemos la legitimidad y credibilidad de su autor, se torna crucial preguntarnos cuál es el lugar que ocupa el investigador de las ciencias humanas y sociales en este concierto más o menos ordenado de voces. Es por eso que, en las diferentes disciplinas del campo científico, esta interrogante crea una división entre los que comparten la idea de que la investigación es una actividad comprometida y aquellos que creen que la investigación debe ser neutra. El contraste entre las dos posiciones es particularmente marcado en el campo de la sociología: entre una sociología que se considera crítica (la Escuela de Frankfurt) y una sociología pragmática (anglo-sajona). Según Durkheim (1988)¹, no vale la pena dedicarle ni una hora a una sociología que no es especulativa², mientras que para Max Weber “mi interés puramente científico me hace rechazar esta actitud, puesto que estoy en condiciones de probar (o demostrar) que cada vez que el científico interviene con su propio juicio de valor, se le imposibilita comprender los hechos”³. De esta manera, se contrapone una visión del investigador que cuestiona constantemente aquello que oculta otra realidad, con una visión del investigador que se niega a hacer una denuncia, puesto que emitir una opinión constituye un impedimento para comprender los hechos.

No conocemos el mundo, dice Wittgenstein, y las ciencias sociales y humanas ahora entienden el por qué. El mundo, para que signifique, no es sino aquello que se dice acerca de él. Que se llame real o realidad⁴, es el resultado de una construcción, de un formateo, dicen algunos sociólogos como Alain Badiou. En consecuencia, debemos hacerlo significar, hacerlo inteligible, revelar la parte oculta que no sale a luz. Pero como existen diversos medios para develarlo, diversas maneras para hacerlo relativamente inteligible para las disciplinas, el investigador en ciencias sociales y humanas se encuentra en una posición

incómoda, desgarrado por esas fuerzas contradictorias. Por una parte, dentro de su disciplina, como se acaba de mencionar, existe la tensión entre una postura que le exigiría que denuncie lo que los discursos dominantes ocultan, y la otra que, al contrario, espera de él una neutralidad axiológica. Fuera del ámbito científico, por otra parte, cuando las instancias de la vida pública (educación, medios de comunicación, debates ciudadanos) se lo solicitan, el investigador está llamado a compartir su saber, como experto, especialista, intelectual o sabio. Se expone entonces a las contradicciones que surgen cuando la palabra circula en el espacio público: incomprensiones, malentendidos, polemización del debate, instrumentalización de todo tipo. Es una posición incómoda para el investigador en ciencias sociales y humanas. ¿Hay salidas posibles sin que pierda su alma? Esto, sin duda, amerita que cada quien dé su opinión.

En primer lugar, se podría pensar que la cuestión se limita a dos alternativas: posicionarse como investigador comprometido o neutral. Pero ¿qué significan las palabras *comprometido* y *neutral*? ¿Da lo mismo hablar de un investigador *comprometido* que de un investigador *involucrado* y un investigador *neutral* que un investigador *no involucrado*? En efecto, se puede ser comprometido con un deseo de denuncia, sin estar involucrado directamente con el fenómeno estudiado (un investigador no español que analiza la dictadura franquista, argentina o chilena); se puede tratar de adoptar una actitud neutral, aunque se esté involucrado (un investigador israelí sobre el conflicto palestino-israelí). Se plantea así una cuestión delicada en cuanto a credibilidad: la credibilidad de un trabajo científico se hace sospechosa cuando se sabe que el investigador está involucrado; a la inversa, la credibilidad es cuestionada cuando se trata del trabajo de un investigador que no está involucrado, ya que se le acusa de no tener los conocimientos suficientes acerca del asunto tratado. En el primer caso, la crítica dirigida al investigador que, por su identidad está involucrado con el objeto de estudio, estaría justificada puesto que se le podría acusar de prejuicio, lo que pondría en duda la validez del análisis. En el segundo caso, en cambio, la crítica no es admisible; esto supondría que sólo los investigadores involucrados de una forma o de otra podrían analizar los objetos sociales que les conciernen: los Corsos serían los únicos que podrían hablar de Córcega, las víctimas de un crimen serían las únicas personas autorizadas para hablar de la inseguridad, los políticos, de la política, los periodistas, del periodismo. Consideraremos, entonces, el asunto del investigador involucrado como no pertinente, el del investigador neutral como difícil de mantener, el del investigador comprometido como algo que debería estudiarse.

En segundo lugar, el tema del compromiso parece apuntar hacia una serie de otras cuestiones: por una parte, preguntarse acerca de la relación entre el compromiso del investigador y el *discurso crítico* que, en las ciencias sociales y humanas, significa explicar y, sobre todo, *interpretar*; por otra parte, la transmisión del saber en el espacio público implica preguntarse acerca de los roles que el investigador debe asumir, lo cual le obliga a practicar cierta *reflexividad*.

1. *La cuestión del discurso crítico*

La crítica puede ser un posicionamiento, pero se manifiesta en el discurso: ¿qué es, entonces, el discurso crítico? Observamos en primer lugar que en la práctica habitual, criticar significa tanto juzgar (“no me critiques” = “no me juzgues”), a veces objetar (“me permitiría criticar este argumento = “presentar objeciones”), a veces examinar (“sopesar el pro y el contra”). Es este último sentido que el pensamiento filosófico ha retenido, y es este el sentido que debe retener cualquier pensamiento analítico, como lo que preconiza Kant en *La crítica de la razón pura*, a saber, que el discernimiento crítico debe someterse al servicio mismo del saber.

Cualquier análisis científico cuyo objetivo es revelar, en los fenómenos sociales, lo que queda oculto –puesto que no se hace aparente a plena luz del día– es por definición un análisis crítico. Por tanto, la crítica, desde mi punto de vista, forma parte de cualquier aproximación a las ciencias sociales y humanas, puesto que en ellas se revelan los significados no aparentes de los fenómenos estudiados, significados que, a veces, se oponen a las doxas impuestas por ciertas entidades sociales. El enfoque crítico se encarga de revelar y se opone a otras explicaciones de conveniencia, a la doxa. Desde la antigüedad, la doxa se debate entre dos afiliaciones, una negativa, la otra positiva. Para Platón (1966: 235), “[la doxa] no es ni ciencia ni ignorancia (...) por lo tanto es algo intermedio entre la ciencia y la ignorancia” que solo puede captar las apariencias del mundo, de modo que no permite alcanzar la verdad. Para Spinoza (2008), considerado peligroso por sus posiciones críticas hacia las religiones, la doxa es un conjunto de “ideas inadecuadas y confusas” que resultan de percibir al mundo sin aplicar la facultad de entendimiento.

Más recientemente, para Bourdieu (2001: 188-190), la doxa, cuya evidencia es el sentido común, se acepta sin ningún debate ni examen y, por consiguiente, debe combatirse en cualquier proyecto político. En cambio, Aristóteles (1987:155) intenta aplicar el razonamiento a este concepto cuando contrapone *ciencia y opinión*: la ciencia, que es universal, procede de “propuestas necesarias” (lo necesario no puede ser otra cosa que lo que es); la opinión, “se aplicará a lo que, siendo cierto o falso, puede ser diferente a lo que es [...]”. Por consiguiente, para Aristóteles (1987), ciencia y opinión pertenecen a dos esferas del saber, cada una con su razón de ser. Explica así que la doxa no debe ser eliminada porque es un repositorio de *lugares comunes* compartidos por la opinión de la gente, repositorio que sirve de premisas para todos los discursos persuasivos. Se observa que, desde el origen⁵, a la *doxa* se le acredita un doble sentido: lo que *aparece* en el mundo y se presenta a los ojos de un sujeto en un reporte externo a él (saber objetivo); lo que corresponde a la *subjetividad* del sujeto, a su opinión (saber subjetivo), ambivalencia de sentido que va desde la ilusión (apariencia engañosa, equívoco) a la idea admitida (creencia que puede convertirse en dogma). Es en este sentido doble que interviene la actividad

crítica, por cuanto cualquier análisis en el ámbito de las ciencias humanas y sociales es, por definición, *crítico* a la vez interno y externo a la doxa. Por ello no es necesario adscribir este calificativo a ninguna teoría o una corriente disciplinaria particular.

Observemos que el enfoque crítico difiere según la naturaleza del objeto. Éste puede ser externo a la disciplina o interno a ella: externo (por ejemplo, una campaña electoral), cuando el análisis crítico se propone *examinar* y poner al día las características del funcionamiento del objeto, las controversias que suscita, las posiciones y argumentos de los diferentes actores que se encuentran implicados, los efectos que produce en el espacio público, etc.; interna, cuando el análisis crítico tiene por objetivo validar positiva o negativamente los resultados de los análisis en sí en relación con los marcos metodológicos que fueron empleados. Esta actividad crítica puede considerarse como un procedimiento de validación interna en un ámbito científico. Es así como aparecen las controversias científicas que hacen progresar la investigación.

Por último, observemos que la crítica depende también del público al que se dirige. Y es aquí donde el *juicio* y las *objeciones* adquieren su sentido actual, puesto que el análisis crítico es percibido como un acto de *denuncia* que, pese a satisfacer una demanda social y a alimentar el debate público, se enfrenta al cuestionamiento de su credibilidad, debido a que, como se sabe, sus resultados se originan en un *a priori*. Esto, a mi parecer, es perjudicial tanto para el ámbito de la ciencia como para el debate público. Desde mi punto de vista, la crítica no debe confundirse con la denuncia. La crítica revela por oposición con otras explicaciones. La denuncia cuestiona, e incluso acusa: estigmatiza un mal y busca a los responsables. Reconozco que esta opinión no es la de todo el mundo, y, como ya he mencionado, tampoco es la posición de Bourdieu (2001: 188) para quien es necesario “desacreditar las evidencias, (...) romper con la adhesión al mundo del sentido común”, ni la posición de la sociología crítica de la normatividad propuesta por Boltanski (2009). Sin embargo, es bien sabido que estas posiciones son polémicas en el ámbito de la sociología, entre los partidarios de una descripción neutral y los de un enfoque normativo que denuncia los males de la sociedad. Un investigador no es un activista (lo que no impide que lo sea en otra parte), y su elección no tiene por qué ser en cada caso política. Su elección es una opción intelectual: como político adopta un posicionamiento *a priori* a favor o en contra; como intelectual se compromete a considerar todos los datos acerca de un acontecimiento. Pero volveré más adelante sobre esta cuestión de las posibles opciones del investigador.

2. *Interpretar, comparar*

Es cierto que no se puede descartar esta controversia encubriéndonos con el escudo de la cientificidad. En mi carácter de semiólogo y de analista del discurso conozco algo de este dilema, puesto que las ciencias del lenguaje

registraron una fuerte polémica, en los años ochenta, entre los partidarios de una lingüística pura y dura, centrada en el análisis de los sistemas de la lengua, y los que empezaban a trabajar en los fenómenos de uso de la lengua (sociolingüística, análisis del discurso), considerados como los primeros que se encontraban en una “periferia blanda”. Pero es también cierto que cuando se trabaja sobre los fenómenos de la comunicación, los discursos políticos y los medios de comunicación, se observa que algunos trabajos están impregnados de juicios de valor bajo la influencia de diversos movimientos de pensamiento que ofrecen conceptos seductores (medio, dominación, manipulación), ya sea para inculpar a los discursos dominantes, en línea directa con la crítica neomarxista, o a la inversa, para elogiarlos y así salvarlos de la estigmatización general.

Evidentemente, el propósito de denunciar el Mal o el Bien no tiene lugar en el ámbito científico. Es perjudicial para la actividad investigativa que exige modestia y prudencia en su interpretación, puesto que la investigación científica no debe ser predictiva. Por una parte, habría que preguntarse si quienes promueven estos propósitos no lo hacen ante todo para demostrar (¿defender?) su posición, ya sea porque se oponen a una sociedad de la manipulación, ya sea porque están inmersos en el ámbito de la modernidad. Por la otra parte, el enfoque empírico, que pretende relativizarlo todo, parece más conforme a la prudencia científica, pero tiene el inconveniente de no poder establecer ningún ordenamiento, ninguna jerarquía entre los fenómenos, lo que es perjudicial para la comprensión de los fenómenos. Es necesario hacer intervenir diversos parámetros en el análisis, pero al relativizarlo todo, ya no se puede generalizar más. No es sencillo adoptar una posición, ni decidir de antemano entre el compromiso que provoca la sospecha de una intención denunciadora o la neutralidad anunciada antes del análisis que también es contraproducente, ya que anunciar una postura por adelantado implica arrojar dudas sobre el alcance de la investigación. Esto remite al concepto de crítica que he analizado más arriba: puesto que las ciencias sociales y humanas son por definición críticas, toda declaración de postura crítica puede parecer sospechosa. El investigador, en vez de tomar la palabra por los actores sociales, debe demostrar cómo hablan los actores sociales; en vez de estigmatizar los medios de comunicación, debe demostrar cómo funciona la maquinaria de la información, cómo produce fallas, cómo y en qué circunstancias termina por desinformar, y todo ello con pruebas concretas.

De hecho, para el investigador, es una cuestión de *interpretación y comparación*. La interpretación, se sabe, es una operación delicada que sólo puede hacerse *a posteriori*, es decir, después de la investigación de campo, de la descripción del corpus, de las categorizaciones y las clasificaciones, dicho de otro modo, después de haberse establecido los resultados de un primer trabajo empírico. Evidentemente este trabajo empírico no es una simple observación de datos, puesto que se hace orientado, guiado por los presupuestos teóricos y de los instrumentos de análisis propios de una disciplina. Pero la interpretación es el

momento de la investigación en el que, distanciándose de la descripción analítica, se mueve la mirada hacia otros lugares para volver a hacerse preguntas sobre los resultados. No vamos a entrar aquí en una discusión compleja acerca de la diferencia entre la comprensión, la explicación y la interpretación⁶. Digamos simplemente que interpretar, es tratar de dar cuenta de los resultados de un análisis mediante la puesta en relación de estos resultados con otros distintos a ellos mismos. Por una parte, se establece la relación de los resultados de un análisis con las categorías metodológicas y/o los principios teóricos dominantes en este análisis cuya interpretación será denominada interna y “cerrada” en la medida en que se procede, según un movimiento centrípedo dentro de un mismo marco de referencia, a una validación recíproca de los resultados, categorías y principios. Por otra parte, (esta alternancia me parece más clara) se establece la relación de los resultados con los de otras encuestas, otros corpus, otros análisis, incluso, de otras disciplinas (Charaudeau, 2010) sobre el mismo objeto o sobre objetos afines cuya interpretación será denominada externa y “abierta” en la medida en que ésta será sometida a una consulta permanente. Por ejemplo, se puede poner en relación el análisis de los discursos de una campaña electoral, como lo he estado haciendo, con otros discursos de persuasión para juzgar las particularidades de cada uno de ellos, con las observaciones y encuestas sociológicas para comparar los efectos de intención con los efectos de recepción, con la puesta en perspectiva que proponen los trabajos de los historiadores, y las reflexiones que suscita la filosofía política.

Este proceso de interpretación supone pues un enfoque comparativo. Puede ser que comparar no sea exactamente igual a razonar, pero la comparación permite pensar porque obliga a desplazar la mirada, a abrirse hacia otros lugares, a hacer permanente la obra por encima de la profesión, al modificar algunos hilos del tejido; en suma, la comparación obliga a la *reflexividad*. Por supuesto, hay “comparación” y comparación. Algunos sociólogos (Remaux y Schaub, 2012) proponen distinguir “el propósito”, “la herramienta” y “el acto” de comparación, pero, en la actividad científica, se trata a la vez del propósito, porque el significado nace de la diferencia resultante de un contraste, y de la herramienta, porque no se debe renunciar al principio de pertinencia que obliga a conocer la razón por la cual se trabaja con contrastes. Así, cuando estudiamos el conflicto en la ex Yugoslavia, como lo hicimos en el marco del Centro de Análisis del Discurso (Charaudeau *et al.*, 2001), fueron puestos en contraste los noticieros televisados y reportajes de distintas cadenas de televisión, boletines radiofónicos y los periódicos de la prensa escrita. De esta manera, pudimos contrastar estos reportes con los de los medios de comunicación de otros países, y luego con los de otros conflictos, etc. El proceso de comparación es como la espiral de la concha de caracol que se va ensanchando. También se puede proceder a comparaciones llamadas externas: confrontar las intenciones de los periodistas (Lemieux, 2000) cuando escriben su artículo con los efectos derivados de la puesta en escena producida por el medio de comunicación y

luego, con los efectos producidos en los escuchas, los lectores y los espectadores. Un análisis tiene como objetivo, dentro de un enfoque hermenéutico, rendir cuentas de los fenómenos sociales, confrontando cada análisis con otros lugares de pertinencia sin negar la suya propia.

Esto es pues lo que, en su fundamento, debe ser el posicionamiento del investigador, embarcado en un proceso de análisis crítico, sometiendo su propia investigación a la prueba de la comparación interpretativa interna y externa, tratando de mostrar el por qué y el cómo, y defendiéndose de la parcialidad.

3. *Un asunto de roles discursivos*

En la reflexión acerca de la actividad científica, hace falta determinar cómo el investigador debe difundir o transmitir el resultado de su trabajo. Aquí se plantea un nuevo problema, ya que la pertinencia de su discurso depende de los roles que la sociedad le atribuye y del lugar donde toma la palabra. Se trata de una cuestión bien conocida por los analistas del discurso, al menos para los que se ocupan de la presencia del sujeto en el acto de lengua. En este sentido todo acto de lengua es realizado por un sujeto-locutor dirigido a otro sujeto-receptor y el significado resultante depende, por una parte, de quién se dirige a quién, es decir, la identidad (psicológica, social, étnica, etc.) del sujeto y el rol lingüístico que le es reconocido en el intercambio de palabra, lo que podría llamarse su *estatus*. Desde este punto de vista, cuatro roles entran en competencia: el experto, el crítico, el intelectual y el investigador. De hecho, asumir un rol, en el sentido socio-profesional, no es pertinente. El investigador es el único que puede ocupar este estatus, ya que es nombrado en una función administrativa (universidad, centro de investigación científica), por la cual recibe una remuneración. Ni el experto ni el crítico pueden ampararse en su estatus (estas menciones no aparecen en su tarjeta de identidad), y menos aún el llamado intelectual. La pertinencia de esos roles deriva del calificativo que se les atribuye a las personas de manera positiva o negativa: “como es un intelectual, no tiene sentido de la realidad”; “tiene un espíritu terriblemente crítico”; “eres realmente un experto en informática”. Cabe preguntarse, sin embargo, quien atribuye estas cualidades, y por qué.

Una forma de responder a estas distinciones es referirse a la relación que se establece entre la identidad social de quien habla (o escribe), la de su público, el papel que debe desempeñar y el tipo de discurso que debe tener, todo ello en función de la situación de comunicación en la que se encuentra. Esto es lo que, por mi parte, llamo el *contrato de comunicación* por medio del cual se determina, en parte, la producción del acto de lengua del sujeto hablante y se le asigna un *rol*.

En este sentido, el “experto” se define como especialista de un ámbito de práctica social particular (costura, perfumería, viticultura, deporte, diplomacia, gastronomía), o una disciplina (economía, ingeniería, informática, psiquiatría,

lingüística, historia, etc.), cuya función es determinada por la solicitud de algunas instancias (justicia, medios de comunicación, empresa), la cual le obliga a examinar un problema en función del marco de cuestionamiento para el que se le solicita. El experto es el que, por su posición de competencia, responde y contribuye en la toma de decisiones. Responde a una solicitud de alguien en posición de responsabilidad (política, empresa, administración) que plantea un problema determinado (drogas, responsabilidad penal, causa de los accidentes de carretera o los desastres naturales, explicaciones sobre los acontecimientos políticos). Se espera que utilice su conocimiento metodológico, insertándose en el marco del cuestionamiento impuesto. Es lo que distingue al experto del investigador: el primero es conminado a responder y ofrecer soluciones; el segundo tiene su propio marco de cuestionamiento, que puede criticar y cuestionar. Por lo tanto, ser experto no es un estatus, sino un rol asignado por la justicia o los medios de comunicación (Chevalier, 1999). Por ejemplo, preguntar sobre la intervención en el conflicto de Mali: “¿Ha cambiado Hollande?” “¿Es Mélenchon populista?” “¿Son derrotistas los franceses?”. Se espera que el experto responda con un sí o un no. Un investigador, en cambio, comenzaría por deconstruir la pregunta para responder con otra problemática, pero probablemente no sería escuchado. Ser investigador equivale entonces tanto a un estatus (función administrativa) como al rol discursivo que se asume. Una misma persona puede desempeñar ambos roles, de investigador y de experto, pero no puede tener el mismo discurso. Por esa razón, me siento personalmente incómodo ante una solicitud de experticia con respecto a un manuscrito que espera publicarse. ¿Qué posición debe tomar el experto? ¿De evaluador para calificar el escrito que se le ha presentado? ¿De juez para decidir la publicación o no del texto? ¿De lector para expresar la reacción personal al escrito? En el primer caso, cabe preguntarse en función de qué criterios debe hacerse la evaluación; en el segundo, en función de qué se emitirá el juicio: ¿del interés de los lectores? –pero, ¿cuáles lectores?–, ¿en función de los agrados o de los desagradados personales? El tercer caso tiene el mérito de no pretender nada sino la propia reflexión a propósito de la lectura de un escrito, como se haría con respecto a cualquier otro artículo o libro.

El “crítico”, según estos criterios, es el que se encarga de evaluar las producciones del mundo cultural. Todo discurso puede tener un contenido crítico que varía según la situación, pero aquí se trata de un papel atribuido de hecho. Investido de ese rol, el crítico literario, de cine o televisión lleva un discurso a la vez de información, de reconocimiento personal y de orientación, o incluso de asesoramiento, que puede llegar hasta a convertirse en juicios de condena o de adulación. En cuanto al “intelectual”, categoría muy difícil de definir, su papel se actualiza principalmente en el momento de su intervención en el debate social. Evidentemente, debe tener además un estatus profesional que justifica su aparición en el debate social (filósofo, historiador, antropólogo, psicoanalista, etc.), pero éste sirve tan solo como garante, porque su rol y sus

discursos son los de alguien que entrega una opinión personal en el marco de un razonamiento determinado por la disciplina a la cual pertenece, y de un compromiso con el pensamiento político, social o moral: su discurso es a la vez de divulgación y de opinión, ya que no se dirige a sus homólogos, sino a un público heterogéneo, constituido por opiniones diversas y opuestas. Él sabe, en principio, que no se sitúa en una controversia científica sino en una controversia social. Por último, el “investigador”, a diferencia de los otros casos, se define como el que se desempeña en un lugar institucionalmente dedicado a la investigación, en interacción con sus pares, cuya función es la de investigar sobre aspectos de la sociedad (para las ciencias humanas y sociales) y producir un discurso que responde al marco conceptual, teórico y metodológico en el que se inscribe.

El descuido de estas distinciones puede significar que no estén claros los roles que puede o debe tener un investigador según las circunstancias y contratos de comunicación en el que se encuentre, lo cual puede causar confusiones. Muchos oradores, sin embargo, incurren en esas confusiones: intelectuales que condenan, estigmatizan, denuncian en detrimento de lo que debería ser un discurso de análisis argumentado; expertos que deberían limitarse a constatar, diagnosticar, y que no obstante pasan la línea del juicio personal. Y luego, no hay que olvidar esta otra categoría que los medios de comunicación han creado de una pieza, y que florece en las ondas de las estaciones de radio y las emisiones televisivas, llamadas “info-entretenimiento”: los cronistas. Estos cronistas, cuya función es animar, e incluso provocar debates de la sociedad, se permiten al mismo tiempo emitir juicios apresurados, poco fundamentados, razón por la cual el discurso, de manera imperceptible, mezcla información sin citar las fuentes, emite opiniones moralizantes con palabras provocadoras y usa el humor para mantener la polémica, más que para hacer avanzar el debate⁷. Incluso, algunos periodistas especializados que no se limitan a describir, contar, evaluar, llegan a interpelar a los poderes públicos, se indignan por las situaciones dramáticas, comparten con las víctimas. Todo esto no les está prohibido, pero plantea preguntas acerca de la naturaleza de la información, ya que el discurso está implícitamente orientado a manipular.

Resumamos: considerando la palabra que circula en el espacio público, no deben confundirse los discursos científicos, de vulgarización, de opinión y de provocación. Desde el punto de vista del papel de los participantes en los debates, no deben confundirse los investigadores y sus hipótesis del conocimiento, los pensadores (como los llama Todorov) que comprometen su opinión, los expertos conminados a responder a alguna problemática, los cronistas que se hacen valer para animar el debate público, y los distintos comentaristas que producen, en el mejor escenario, los discursos de los testimonios, y en el peor, los discursos que estigmatizan. Entra en juego aquí la legitimidad de los actores que toman la palabra.

En este remolino de palabras, ¿cuáles son las posiciones del investigador que debe, a la vez, producir un discurso científico y comunicarlo?

4. *Las posturas posibles del investigador. Reflexividad y objetivo heurístico*

Es necesario preguntarse sobre el discurso que se debe tener como investigador cuando el objeto de análisis hace que uno mismo esté implicado, el discurso según el tipo de público al que se se dirige, y por consiguiente, sobre la posibilidad de difundir los conocimientos a la comunidad social. Esto nos lleva a considerar tres posturas: la del investigador en relación con el debate que se establece en el ámbito de las ciencias sociales y humanas; la del investigador frente a su objeto y a los actores que lo constituyen; la del investigador frente a diversos públicos de la sociedad civil.

Es entonces la reflexividad la que, desde mi punto de vista, debe orientar a todo investigador tanto en su propio trabajo como en los trabajos de otros investigadores, de los actores sociales que, sumidos en la práctica, no miden siempre los efectos de su manera de hablar o escribir. Esta es una de las cuestiones que atormentan al investigador cuyo deseo es que sus análisis se utilicen para otra cosa y no para alimentar la controversia científica, que es su primera razón de ser. Sobre esta cuestión, no es posible ofrecer consejo. Cada investigador tiene sus propias experiencias, se enfrenta a las incomprendiones e intenta responder a su manera. Dos puntos, sin embargo, pueden destacarse, si me remito a mi propia experiencia. El primero se refiere a la dificultad de hacer tomar conciencia de que los *efectos que se persiguen* no corresponden necesariamente a los *efectos producidos*. Por ejemplo, en cuanto al intento de explicar a los actores del periodismo los efectos que pueden producir, es difícil hacer comprender que el sentido que un periodista quiere imprimir a su texto no es necesariamente el mismo que construye el lector o el oyente.

En una ocasión, cuando dirigía una reunión de capacitación en el CFPJ⁸ de París, y después de haber demostrado a los periodistas los distintos sentidos posibles que contenía un mismo título de un periódico, hubo participantes que me dijeron: “entonces, no podemos ejercer nuestro trabajo si debemos plantear la pregunta acerca de todos los sentidos posibles de lo que escribimos”. Este no es un problema específico del periodismo, es el destino diario de todos nuestros actos de lengua, pero cuando se trata de la difusión de la palabra en el espacio público, el tema de la pluralidad de los efectos del sentido se plantea de manera crucial, ya que desemboca en el tema de la legitimidad de dicha palabra y de las condiciones éticas de su difusión. Interrogarse sobre el posible efecto de las palabras, según la situación en que estén proferidas (ejemplificado en el uso de palabras como “árabe”, “musulmán”, “judío”), es esencial, porque es posible que las palabras no maten, pero sí pueden herir dolorosamente. Interrogarse sobre el efecto de las imágenes y su impacto emocional también es

fundamental y exige que se piense en la situación en la cual uno se encuentra, el público, o el que va a recibirlas (pensemos en las caricaturas de Mahoma). Esto obliga a plantearse el tema de los efectos de manera diferente al deber de informar: ¿deben mostrarse las víctimas de un conflicto, los cadáveres a raíz de una masacre, los excesos cometidos por manifestantes o policías, y cómo?

Tomar conciencia de esta diversidad de los efectos es importante para cualquier hablante, pero quizá aún más para quienes tienen la obligación de informar. Los periodistas deben aceptar que la gente no lee nunca sus artículos, no ven su reportaje, tal cual lo han escrito o realizado. Éstos llegan al lector o al telespectador a través de la puesta en escena hecha por la máquina mediática, puesta en escena que, en sí misma, construye el significado y orienta una interpretación no necesariamente deseada o esperada por el periodista. Se ha visto recientemente a propósito del asunto Dominique Strauss-Kahn. Sin embargo, esta reflexividad puede tener otra meta: el público en general. Tratar de explicar los resultados de una investigación a oyentes distintos a los de la comunidad científica exige adaptarse a la audiencia. En muchos casos, se cree que lo que cuenta en lo que se dice es el contenido del mensaje, la veracidad del relato, el texto de su argumentación. Sin embargo, lo que se dice, siempre se dice a alguien, sea este una persona o un público, y no se podrá impedir que esa persona o esta audiencia comprenda e interprete a su manera, lo cual no depende únicamente del contenido; ello depende en gran parte de la manera de decir, de la manera de formular el pensamiento en el discurso, de la puesta en discurso que pone de manifiesto al mismo tiempo la imagen que el locutor construye de sí mismo, su posicionamiento, y la imagen que él construye de su audiencia para seducirla o convencerla, atraerla o provocarla, siendo todo ello indispensable para una posible comprensión.

En presencia de tal público, un investigador debe intentar apartarse de su cientificidad ya que no se dirige a sus pares, razón por la cual está obligado a cambiar su vocabulario y su manera de hablar: el desafío de los discursos no es el mismo: si se encuentra en un simposio científico, si da una conferencia para un público informado pero no científico, si dirige una sesión de formación con profesionales o si enseña en la universidad. No se trata del nivel intelectual, sino del modo de enunciación y del contrato de comunicación. Los científicos siempre se extrañan de que sus debates se transforman y se desfiguran cuando son reportados en los medios de comunicación, tal como se puede observar en el caso de los debates sobre la bioética. No hay que sorprenderse, ni confundir la controversia científica con la controversia social. Si se quiere transmitir un cierto conocimiento a un público no especializado —y este debe ser, desde mi punto de vista, una de las misiones del investigador—, es necesario aceptar que se debe cambiar el modo de enunciar, pese a que se corre el riesgo de ser criticado por sus pares y mal interpretados por el público.

5. Separar la crítica de la denuncia: un compromiso ético

Me gustaría concluir con mi posición acerca del compromiso del investigador con su propia investigación: la relación entre el investigador y el compromiso, cuando explora temas sociales que no pueden dejarlo indiferente⁹. Yo mismo me encontré en tal situación. Durante la última campaña presidencial escribí una serie de crónicas, mezcla de análisis semiológico y de subjetividad asumida, sobre el desarrollo de los acontecimientos electorales. Luego, recogí estos escritos para integrarlas en un libro (Charaudeau, 2013), con el fin de recalcar algunas de las lecciones derivadas de esta campaña. Pero me enfrentaba con un problema. El ex presidente me desagradaba, no tanto por su política sino por su comportamiento que, a mi juicio, degradaba lo que debía ser el discurso político en democracia. De modo que tuve que distanciarme de esta subjetividad, para apoyar una tesis, independiente de mi humor. La descripción que hice del comportamiento y del discurso del ex presidente no estaba destinada a acusarlo, sino a mostrar qué aspectos le fueron contraproducentes. ¿Si lo logré o no? Creo que sí, al menos, he hecho el esfuerzo. Pero estoy consciente de que esto no impedirá que algunos me acusen de parcialidad.

Basta con decir que conocemos el problema que enfrentan los investigadores de ciencias humanas y sociales en determinadas circunstancias. Me gustaría tan solo presentar aquí mi posición frente a las opiniones expresadas por varios investigadores de distintas disciplinas sobre mi artículo acerca de la interdisciplinariedad (Charaudeau, 2012), en el que expreso dudas sobre la validez de integrar el compromiso en la exposición de una investigación. Precisemos que no se trata de ser ingenuo y pensar que, en nuestras disciplinas, se puede ser neutral en el análisis de los hechos sociales. Pero defendiendo –si se puede emplear este término– el intento de diferenciar entre el *análisis crítico del discurso* (en el sentido que he definido más arriba) y el *análisis del discurso* cuya finalidad es la *denuncia*. Los investigadores no somos escritores ni artistas que por el ejercicio de su arte pueden manifestar su compromiso. Mis razones tienen bases tanto éticas como de credibilidad.

Desde el punto de vista ético, cabe preguntarse si el investigador no va a deformar su análisis para poder demostrar lo que había decidido por anticipado. Revelar lo que oculta cierta doxa, sacar a relucir cómo funciona una práctica discursiva, describir los términos de una controversia sin tomar partido como actor, proceder a interpretaciones comparativas, todo esto constituye, en mi opinión, el papel del investigador. Tratar de comprender los discursos de las políticas en un conflicto no quiere decir adherirse a ellas ni aceptarlas, sino revelar el contenido, las estrategias, los engaños. Hacer un análisis crítico de cómo los medios de comunicación dan cuenta de un conflicto, de una guerra, de una polémica no implica acusarlos, sino mostrar que los medios de comunicación concuerdan con la ideología de la dramatización, del espectáculo, e incluso hasta toman partido, sin decirlo, e influyen en la opinión pública. Explicar los

argumentos de las distintas partes en un caso (como el de Dominique Strauss-Kahn) puede hacerse sin tomar partido ni gritar para atacarlo. Recuerdo, y mis colegas pueden dar fe de ello, que en una investigación sobre la manera en que los medios de comunicación daban cuenta del conflicto en la ex Yugoslavia, un historiador que colaboraba con nuestro equipo se las ingenió para que dijéramos que los serbios eran culpables. Puesto que éste no era nuestro propósito, se tuvo que separar del equipo. El investigador debe tratar de poner entre corchetes sus propias opiniones en relación con el objeto de que se trata y el objetivo que se propone. Debe, siempre que sea posible, y aunque algunas veces sea difícil, basarse en un principio de distancia. No hacerlo es correr el riesgo de deformar el resultado de sus análisis. Es una cuestión de *probidad intelectual* o de *ética de responsabilidad*.

Desde el punto de vista de la credibilidad, cabe preguntarse, como ya lo he mencionado, qué crédito se le otorga a un escrito cuyo autor trata de denunciar un mal en nombre de un posicionamiento personal. Por supuesto, no hay en esta materia objetividad absoluta: no se elige cualquier objeto de investigación, y la elección está vinculada a nuestras propias opiniones o sentimientos. También es preciso señalar que la investigación se alimenta de un rayo de pasión que no nos debe impedir que veamos aquellos aspectos del fenómeno estudiado que podrían ir en contra de esos sentimientos. Sería parcializarse más de la cuenta. ¿Qué muestra o demuestra una investigación parcial? Tampoco se debe, siempre desde mi punto de vista, dejarse llevar por conceptos que están de moda, puesto que nos impiden pensar en los fenómenos sociales de otra manera. Por ejemplo, y sin negar su importancia, es necesario darse cuenta de que el concepto de “dominación” no implica que los dominantes y los dominados están siempre del mismo lado sin que exista la posibilidad de revertir la relación: que los dominados se conviertan en dominantes y viceversa.

Obviamente, tal postura no debe impedirle al investigador que tenga sus propias opiniones y compromisos en la acción humana. Reivindico, y en voz alta, la posibilidad de que el investigador exprese una palabra de denuncia, de indignación, de combate, es decir, una palabra militante, pero en otros lugares y con otra finalidad. Esto es un asunto de contrato comunicacional. Siempre he creído que la célebre frase: “prefiero equivocarme con Sartre que tener la razón con Aron”¹⁰ planteaba un falso dilema. Si se hace alusión a Sartre, comprometido a través de sus novelas, su teatro, sus acciones de manifestante, se trata de una actitud militante. No estoy seguro de que se pueda hablar de equivocación en sus escritos filosóficos (*L'Imagination, L'être et le néant*). En cuanto a Aron, se le puede seguir en algunos análisis pero no en ciertas tomas de posición. Una vez más, los contratos no son los mismos.

Evidentemente, en este caso tampoco se puede ser tan ingenuo como para creer que es fácil separar la postura del investigador crítico de la del ciudadano comprometido. Pero, para el primero, se trata de una toma de conciencia, de un esfuerzo de distanciamiento del objeto y de un intento de poner entre paréntesis

sus opiniones. Para el segundo, se trata de asumir la postura de lo que se llama “intelectual comprometido”, y ésta es completamente legítima, pero se corre el riesgo de que se le acuse de jugar para ambos lados. Un investigador, frente a los periodistas cuyos escritos analiza, debe decir lo que, en su calidad de investigador, encuentra en estos escritos. En cambio, frente a otro tipo de público, y según el propósito, él puede mostrar los resultados de su pesquisa para justificar una postura. Es tal vez una ilusión, pero es esto lo que significa para mí *la libertad del investigador*: no depender de la expectativa social erigida como “políticamente necesaria” en nombre de la innovación; no depender de la exigencia mediática erigida como el deber de discutir en nombre del derecho a la información; no dejarse imponer métodos de análisis de moda en nombre de la cientificidad; no someterse a las imposiciones del tiempo editorial y reivindicar la libertad del tiempo de la búsqueda. “Libertad querida”, el investigador escribe tu nombre.

NOTAS

- 1 Existen opiniones divergentes sobre la posición de Durkheim en relación con este punto. Un colega sociólogo, Hervé Glévarec, en un manuscrito que circula internamente en el laboratorio de Comunicación y Política, afirma que los seguidores de Durkheim no citan la reflexión de Durkheim del año 1888 en la que sugiere que la utilidad de la sociología está subordinada a su valor científico: “Elle [la sociologie] lui fera sentir qu’il n’y a aucune diminution à être solidaire d’autrui et à en dépendre aussi, à ne pas s’appartenir tout entier à soi-même. Sans doute ces idées ne deviendront vraiment efficaces que si elles se répandent dans les couches profondes de la population ; mais pour cela, il faut d’abord que nous les élaborions scientifiquement à l’université” (Durkheim, 1988: 31).
- 2 Traducción del original en francés “[Une sociologie] qui ne vaudrait pas une heure de peine s’il elle n’était que spéculative” (Durkheim, 1988: 31).
- 3 Traducción de: “C’est dans un intérêt purement scientifique que je récusé cette attitude, je me fais fort d’administrer la preuve que partout où l’homme de science intervient sur son propre jugement de valeur, il cesse de comprendre les faits” (Weber, 2003).
- 4 Aquí no cabe discutir sobre la definición de estos conceptos.
- 5 En su origen, según Barbara Cassin (2004), en *La Odissea*, “doxa” significaba: *lo que parece normal, prudente* (“ce qui semble normal, prudent”).
- 6 Ver al respecto, el punto de vista de Ricœur (1990).
- 7 Debe aclararse que ciertos cronistas se benefician de tener un rol de analista. Ver a este respecto mi artículo (Charaudeau, 2011).
- 8 Centro de Formación y Perfeccionamiento de los Periodistas (Centre de Formation et de Perfectionnement des Journalistes).
- 9 Ver también la discusión de varios investigadores acerca de una entrevista de Daniel Dayan sobre la manera como los medios reportan el conflicto palestino-israelí (Fleury y Walter, 2008).
- 10 La cita hace referencia al debate entre Jean Paul Sartre, intelectual de izquierda y Raymond Aron, intelectual de derecha. No se sabe quién fue el primero en usar la frase citada, algunos se la atribuyen a Jean Daniel.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARISTOTE (1987). *Organon IV*. Paris: J. Vrión.
- BOLTANSKI, L. (2009). *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*. Paris: Gallimard.
- BOURDIEU, P. (2001). *Langage et pouvoir symbolique*. Paris: Seuil.
- CASSIN, B. (Dir.) (2004). *Vocabulaire européen des philosophes*. Paris: Seuil.
- CHARAUDEAU, P. (Ed.) (2001). *La télévision et la guerre. Déformation ou construction de la réalité. Le conflit en Bosnie (1990-1994)*. Bruxelles: Ina-De Boeck.
- CHARAUDEAU, P. (2010). Pour une interdisciplinarité «focalisée» dans les sciences humaines et sociales. *Questions de Communications* 17:195-222.
- CHARAUDEAU, P. (2011). Que vaut la parole d'un chroniqueur à la télévision? L'affaire Zemmour, comme symptôme d'une dérive de la parole médiatique. *Réseaux* 170: 135-161.
- CHARAUDEAU, P. (2012). Pour une interdisciplinarité focalisée. Réponses aux réactions. *Questions de Communication* 21: 171-206.
- CHARAUDEAU, P. (2013). *La conquête du pouvoir. Opinion, persuasion, valeurs, les discours d'une nouvelle donne politique*. Paris: L'Harmattan.
- CHEVALIER Y. (1999). *L' "expert" à la télévision*. Paris: CNRS-Éditions.
- DURKHEIM, E. (1988). *Les règles de la méthode sociologique*. Paris: Flammarion.
- FLEURY, B. y WALTER, J. (Dir.) (2008). *Les médias et le conflit israélo-palestinien. Feux et contre-feux de la critique*. Metz: Université Paul Verlaine.
- LEMIEUX, C. (2000). *Mauvaise presse*. Paris: Métailié.
- PLATON (1966). *La république*. Paris: GF-Flammarion.
- REMAUX, O. y SCHAUB, J. F. (Ed.) (2012). *Faire des sciences sociales 2. Comparer*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- RICCEUR, P. (1990). Entre herméneutique et sémiotique. *Nouveaux Actes Sémiotiques* 7: 1-45.
- SPINOZA, B. (2008). *Traité de la réforme de l'entendement*. Paris: Flammarion.
- WEBER, M. (2003). *Le savant et le politique* Paris: La Découverte.

PATRICK CHARAUDEAU es Profesor Emérito de L'Université de Paris XIII e investigador en el laboratorio *Communication et Politique* del *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS). Su amplia investigación y sus numerosas publicaciones abarcan tres áreas: el Análisis del Discurso, con propuestas acerca de los aspectos teóricos; los géneros discursivos y de la comunicación (en la política y en los medios) con propuestas relacionadas con los aspectos descriptivos; y, la identidad cultural, con trabajos de reflexión acerca de la identidad social, cultural y discursiva.

Correo electrónico: patrick.charaudeau@free.fr